



## XVI.

**C**OMO la cita judicial para el reconocimiento de linderos entre el Palmar y el Chopo, fijaba las nueve de la mañana del siguiente día, fué preciso que don Pedro, el licenciado Muñoz, Gonzalo, don Simón Ocegüera, Esteban, Smith y los sirvientes que los acompañaban estuviesen en pie antes de la salida del sol. Ruiz desempeñó el ministerio de despertarlos á todos, pues estuvo despierto desde la media noche, por no haberle dejado dormir su temperamento nervioso y la inminencia de acto tan solemne y trascendental.

Al señor licenciado Muñoz fué reservada la mejor mula; la más alta y hermosa, la de paso más blando y ligero. El respetable

letrado cubrió la cabeza con un sombrero de jipi-japa de finísimo tejido y de anchas alas, envolvió al cuello gran pañuelo blanco de suave lino, resguardó los ojos con antiparras azules para evitar el aire, el polvo y el reflejo del sol, y se puso á la cabeza de la comitiva, como valiente general al frente de un ejército.

Comenzaba á clarear la mañana cuando el grupo se puso en marcha. Tomó por una calle sinuosa y descendente; cruzó el arroyo pedregoso que lame los cimientos de las últimas casas, lugar balneario de quejumbrosos cerdos, que acuden á su mermada corriente para refrescar el grueso é irritado vientre y para lavar los ásperos pelos cubiertos de cieno. En seguida comenzaron á caminar por la falda de la loma, siguiendo una vereda de ascenso tan suave que casi no se echaba de ver.

El Oriente mostrábase cárdeno y brillante. Largas nubes azuladas llenaban el horizonte de rayas paralelas orladas de luz, que dividían el cielo medio iluminado, en alternadas franjas brillantes y oscuras. La claridad cambiante del confín iba creciendo en intensidad y en extensión á cada

instante, como hoguera atizada con inmenso combustible, al otro lado de los cerros. Los objetos medio velados por el crepúsculo, íbanse esclareciendo poco á poco; un fresco céfiro acariciaba con sus alas el rostro; y los pajaritos madrugadores, llenos de júbilo, hacían por todas partes deliciosa y alegre algarabía.

Tornose más pronunciada la pendiente poco á poco, á medida que avanzaba la comitiva. Fuese impregnando gradualmente la atmósfera de aromas agrestes; vertía en el aire la salvia su suave esencia; el cacahuite de anchas hojas fatigaba el olfato con su olor penetrante. Por todas partes, al pie de los vallados de piedra, á la orilla de los fosos, crecía el tepopote de hojas finísimas y tupidas. Las varas de San Francisco, de color morado, erguíanse aquí y allá sobre la hierba; la barbudilla extendía su ramaje profuso costeano la vereda; las hiedras desplegaban sus vistosas y delicadas coronas, como finas copas alzadas al cielo para recibir el rocío; las níveas flores de San Juan ostentábanse en artísticos ramos formados por la mano de la naturaleza; y por todas partes, bordando el verde tapiz con

vistosísimas labores, lucían las estrellitas blancas su belleza casta y purísima. Más arriba comenzaron los robles de anchas y duras hojas á destacarse sobre el terreno, primero como centinelas avanzados, luego como tiradores dispersos, y al fin como ejército apiñado y numeroso. Vinieron después los encinos de finas hojas á mezclarse con ellos; el madroño nudoso de rojos peciolos, apareció en zona más elevada; el lustroso ciruelo, que se viste sólo en la estación de las lluvias, extendió por la ladera su verde copa cargada de tiernos frutos; el fino palosanto, de pulida forma y hojitas pequeñísimas, alternó sobriamente con los otros árboles, como aristócrata entre villanos; y ya en lo más encumbrado de la montaña, levantaron los pinos sus copas verdes de follaje erizado, saturando el ambiente de bienhechora esencia, que ensanchaba el pecho y lo llenaba de infinito bienestar.

Al fin, después de varias horas de marcha, llegaron los ginetes al punto de la cita; esto es, al Arroyo de los Pinos, lindero entre el Palmar y el Chopo, á la orilla del Monte de los Pericos.

No era más este monte, que una caprichosa protuberancia de la sierra; una especie de giba elevada en el lomo gigantesco de la larga montaña de cumbre casi horizontal, que cerraba el confín, vista desde el valle, á modo de muralla. En realidad, mucho distaba aquel cerro de estar aislado, según la ilusión óptica de los que le miraban desde abajo, así como de ser el más elevado de la serranía. Detrás de él, elevábanse otros más altos, y á la espalda de ellos, mirábase asomar la cabeza de otros y otros más elevados, que se sucedían á lo lejos, como en propagación infinita, por la extensión de la cordillera y por la inmensidad del cielo.

Era graciosa la forma de aquel monte casi esférico. Visto á distancia, como estaba tan poblado de árboles, tenía cierta apariencia de cabeza de negro cubierta de pelo crespo y obscuro. Como don Pedro había prohibido por muchos años cortar leña en aquel sitio, y aun ahora que comenzaba á explotarlo, hacíalo de modo que no se destruyese el bosque, con el propósito de conservarlo siempre hermoso y tupido; presentaba un aspecto delicioso por la profusión de los árboles, y por esa majestad peculiar

á los sitios agrestes, donde la vegetación de hierbas y de plantas, hace lugar á otra más grande, severa y rumorosa.

Habían alcanzado gran desarrollo las frondas; estrechábanse y confundíanse en varios puntos, como si no hubiese en el cielo bastante espacio para que pudieran extenderse á sus anchas. El sol cayendo sobre su tupido follaje, no podía penetrarlo, como si fuese la compacta techumbre de un vasto templo, y sólo á trechos lograba deslizarse hasta el suelo por pequeños intersticios, dibujando cintas y franjas de oro sobre el tapiz agreste. Aquellos enormes y verdes penachos sacudidos por el viento, constante en las alturas, formaban un rumor grave y confuso, que infundía recogimiento y respeto en el ánimo. Sobre la superficie del monte extendíase sonora alfombra de hojas secas que, desprendidas de las ramas y holladas por los caballos, gemían querellosas y resquebrajadas. Estribaba principalmente la singularidad del sitio en ser abrigadero perenne de innumerables pericos, circunstancia que le había valido el pintoresco nombre que llevaba. La proximidad de la Barranca Honda, fecunda cuna de esos rui-

doso volátiles, daba origen á la aglomeración de ellos en lugar tan repuesto y ameno. Apenas traspasado el lindero del monte, y antes de llegar á él, percibiáse el gárrulo coro de aquellas aves, que volaban de rama en rama poblando el aire de sus voces estridentes. Oíaseles y veíaseles revolar por todas partes. Subían en bandadas de la Barranca á posarse en las frondas, ó bajaban en gran número á ella, haciendo estrépito atronador con el movimiento de sus pesadas alas. Parecían conversar entre sí constantemente lanzando gritos ásperos y destemplados; y, según el acomodo, encanto y absoluto sosiego con que se habían posesionado de aquella cima, no parecía sino que la naturaleza se la había otorgado en propiedad irrevocable.

La rancharía formada por orden de don Pedro junto al arroyo, no había ahuyentado á estos pájaros, porque el amo había prohibido que se les cazase, y nadie se había atrevido á inquietarlos. Tan grande era el encanto que producía aquella naturaleza fresca y exhuberante, que los ginetes, al llegar á ese punto final de la expedición, exclamaron que aquel sitio era delicioso, y

que ni aun imaginado pudiera ser más bello.

Apeáronse en la ranchería para tomar el desayuno. Mozos de á pie, mandados con provisiones, habían llevado chocolate, café, leche y pan en grandes cestos. La equitación durante tan larga y penosa marcha, unida á la madrugada y al aire puro y vivificante de la montaña, habían despertado el apetito de los que formaban el grupo. Nadie quiso entrar en las chozas; prefirieron tomar la colación tendidos por el suelo, á la sombra del tupido follaje. El licenciado Muñoz fué el único que declaró no poder adoptar aquella postura bucólica, por tener torpes las piernas y duras las articulaciones; así es que se le proveyó de una mesita apercebida para tal objeto, y de una silla de tule para que pudiese sentarse. Colocada de modo tan superior en medio del paisaje, disonaba la figura del abogado; porque mientras todo en Muñoz era artificio y estudio, en su torno, arriba y abajo, por donde quiera, reinaban incontrastables y francas las leyes de la naturaleza. Esto no impidió que don Gregorio tomase una buena taza de espumoso chocolate, hecho en

una hoguera improvisada con ramas secas; dos grandes vasos de leche, y una canasta de pan.

—¡Caramba! dijo, si pudiera llevar esta vida un par de meses, me pondría muy bien.

—Dirá usted mejor, señor licenciado, contestó don Pedro. No conozco persona más bien conservada que usted. Está usted fuerte, derecho, tiene toda la dentadura....

—De veras, repuso don Gregorio satisfecho, y todavía no me salen las canas.

Gonzalo y Ocegüera se echaron una mirada de inteligencia, y estuvieron á punto de reírse. Era público y notorio que el señor Muñoz se teñía el pelo y la barba, que de por sí tenían ya el color de la nieve. Y no era difícil, por cierto, averiguar la verdad de este hecho, pues saltaba á la vista que tan grave persona se entregaba en cuerpo y alma al uso del cosmético y de las negras tinturas. A las veces, cuando por motivo de sus constantes ocupaciones no podía teñirse con la frecuencia debida, descubriáse la raíz de plata de su polaca y cabellera, lo que era contra natura, porque las canas se forman precisamente del modo

opuesto, comenzando como los volcanes, por la nieve de la punta. Y no era esto lo peor, sino que, recientemente hecha la operación de la pintura, solía mostrar rastros de ella el señor licenciado en el cuello, en las orejas y en el entrecejo, dándole aspecto de hombre desaseado; y en las uñas y puntas de los dedos, que tenían la disculpa de haberse manchado con la tinta de la pluma de escribir. Al cabo de algunos días de realizada la manipulación, iban tomando pelo y barba todos los matices del espectro solar. Por lo pronto, cuando el nitrato de plata acababa de requemar las blancas hebras, aparecían éstas tan negras como la noche. Lentamente iba rebajando la cerrazón del color, y barba y pelo se tornaban sucesivamente pardos, café obscuros, rojos, violáceos, y aun en ciertas ocasiones, verdes y amarillos. Con asombro mirábase algunas veces al estirado juriseconsulto, á más de ceñido por luenga levita abotonada hasta el cuello, coronado por imponente sombrero de copa y con bastón de borlas y puño de oro en la mano, ostentando una cabellera tornasolada, que cambiaba de matiz según la posición del espectador, cual si fuese de concha

nácar; y sentíase una grande hilaridad distribuida en el sistema nervioso, ante aquel espectáculo. Porque no hay nada más divertido en este mundo, que el contraste de lo solemne con lo ridículo.

Por fortuna vino á evitar la explosión de una carcajada general, una noticia dada por uno de los vaqueros en los siguientes términos:

—Ay viene el *fuez*, señor amo.

—¿Dónde? preguntó Ruiz levantándose.

—Lo acabo de ver del otro lado del arroyo: viene muncha gente con él.

—Llega en punto de las nueve, dijo don Gregorio consultando el gran cronómetro suizo, que llevaba metido en una bolsita de gamuza.

Ladraron los perros de los jacaes, dando indicio de que se acercaba la cabalgata; hubo movimiento inusitado en la ranchería; salieron las mujeres á las puertas de las chozas; y los mozos, un poco emocionados por la proximidad del enemigo, permanecieron apartados, dirigiendo los ojos al punto por donde tenía éste que presentarse. Al fin apareció Jaramillo guiando la expedición. Venía radiante de júbilo, hecho un ranche

ro; con pesado sombrero afelpado, de gruesas toquillas y complicados adornos, y armas de pecho peludísimas y nuevas. Montaba un caballo matalón, al que levantaba las riendas para que tomase el aspecto de bucéfalo. Había en su rostro limpio y anguloso, una sonrisa que podía ser benévola ó burlona.

Se dirigió, antes de todo, al licenciado Muñoz, á quien saludó con fingido respeto; luego les dió la mano á don Pedro, á Gonzalo y á Ocegüera, como si no fuese el *deus ex machina*, risueño y con mucho aplomo. Tras él venía el juez en buen caballo y silla inglesa, con polainas, sombrero inglés de corcho, guantes, acicates y latiguillo. Blanco y sonrosado, de barba corrida y recortada en punta al extremo del rostro, luciendo limpia y cuidada dentadura, tenía en verdad don Enrique Camposorio un aspecto cultísimo; parecía un parisiense salido de los bulevares para dar un paseo por país con quistado.

—*Bon jour*, dijo dirigiéndose á don Gregorio y levantando el sombrero dos ó tres pulgadas sobre la cabeza. Acostumbraba mezclar palabras francesas en la conversa-

ción á cada paso, y tenía á gala cometer el mayo número posible de galicismos. Luego saludó á los demás circunstantes.

Don Miguel apareció á la postre, sobre los lomos de alto y poderoso alazán, hecho un brazo de mar por el lujo de la silla, freno, espuelas, traje y sombrero; con la gran barba partida en dos mitades, á la Maximiliano, dejando flotar sobre un hombro y otro las puntas rizadas y sedosas. Contentose con tocarse el sombrero, saludando á los presentes, desde á distancia.

Venía también en el grupo don Santiago Méndez, sólo por respirar el aire del campo, según decía, y deseoso de ver si intervenía en la diferencia de Ruíz y Díaz en obsequio de la paz. A fuer de político, llegó hecho unas mieles, manifestando al licenciado Muñoz la más alta consideración, abrazando á don Pedro, y chanceándose con Gonzalo y Ocegüera.

Era formidable el cortejo de mozos armados que acompañaban á don Miguel; semejaba una partida de revolucionarios, más que muchedumbre de sirvientes pacíficos. Llegaron haciendo gran ruido, y detuviéronse á corta distancia, mirando á los de la

ranchería con ojos de perdonavidas. Éstos, á su vez, les lanzaban miradas hostiles.

Aun no concluían las saluciones cuando aparecieron don Agapito Medina y su hijo Luis. Habían sido invitados por don Miguel, y acudían á presenciar el gran acontecimiento que tenía conmovidos y como en suspenso á los hacendados de los alrededores,

Luis se aproximó á Gonzalo para estrecharle la mano.

—No creas, le dijo, que mi padre y yo venimos como partidarios de don Miguel; no traemos más objeto que ver el Monte y pasar el día en compañía de ustedes.

—Lo comprendo, repuso el joven, pues á ustedes no les interesa esta cuestión ni poco ni mucho.

—De manera que no vayas á llevar á sentimiento verme en el grupo de los enemigos.

—No tengas cuidado; además de que aquí no hay enemigos, porque á mi mismo tío no lo veo como á tal. Si en mi mano estuviera, acabaría luego la diferencia.

Y siguieron conversando ambos jóvenes en la mejor armonía.

En esto oyose la voz de Jaramillo:

—Está bien, señores, basta de besamanos; á lo que venimos, venimos. Vamos al lindero del Palmar. Y espoleó su pesada cabalgadura hacia el centro del Monte.

—Aquí está el lindero, dijo don Pedro extendiendo la mano sobre el arroyo.

—No, señor, replicó don Miguel con violencia, éste no es; está del otro lado del Monte.

—La línea es ésta, insistió Ruiz. Va por el Arroyo de los Pinos, que es ése que ven ustedes allí abajo; el que acaban de pasar. El Arroyo nace al pie del picacho del cerro Colorado y termina en la Barranca Honda, por donde corre el río Covianes.

—La misma tonada de siempre, vociferó don Miguel aproximando el caballo y manoteando; es el pretexto que alega para apoderarse de este terreno.

—Poco á poco, compadre, yo no me apodero de cosa alguna; Ud. es quien trata de arrebatarme mi propiedad.

—En eso me ofende.

—Ud. es el que me ofende á mí....

Ambos compadres tenían la sangre subida al rostro y se miraban con ojos flamígeros. Los circunstantes los oían altercar, con la aprensión de que el desagrado pasase á co-



sas mayores, en tanto que Camposorio sonreía encantado con la disputa. En su interior burlábase de aquellos rancheros salvajes, que eran capaces de sacarse las entrañas por un palmo de tierra.

—¡Orden señores, orden! dijo sin dejar, de sonreír.

—El señor me provoca, objetó Díaz.

—No hago más que responder á sus groserías, repuso Ruiz.

—Como quiera que sea, conviene que no hablen ustedes sino cuando se les pregunte algo, ordenó el juez con voz soberana. Para eso traen sus abogados. Déjenles la palabra á los señores Muñoz y Jaramillo.

—Negocio arreglado, dijo don Pedro; lo único que sostengo es que ésta es la línea divisoria. Aquí el señor don Gregorio me hará el favor de ocuparse de la cuestión de leyes.

—Conque, prosigió Jaramillo, nada tenemos que hacer aquí, vamos á la línea.

—Ésta es, dijo Muñoz, señalando al arroyo; ésta es la línea.

—No, insistió el primero, la línea está más adelante. En marcha, señores, estamos perdiendo el tiempo. Y estimulando el ca-

ballo con las espuelas, adelantó algunos pasos. El grupo de don Miguel se puso en movimiento.

—Espere Ud., señor juez, dijo Muñoz.

—Luego conversaremos, señor licenciado; ahora vamos al lindero, repuso Camposorio.

—¿No ha oído Ud. que hemos dicho que éste es?

—No sé si será.

—Los testigos que le presentamos en la ciudad, lo declaran.

—Pero la parte contraria ha presentado otros testigos que dicen cosa diversa.

—¿De manera que Ud. decide que no es ésta la línea?

—No decide nada, saltó Jaramillo viendo al juez en apuros, sino que no puede detener la diligencia. Nosotros la hemos pedido y tiene que llevarse á efecto.

—Sí señor; pero sin atropellar á nadie.

—A nadie se atropella, señor licenciado, repuso Jaramillo con tono zumbón. El Código prescribe terminantemente que no deje de practicarse el deslinde, á pesar de las observaciones de las partes. Ud. lo sabe mejor que yo.

—La información testimonial que hemos rendido, debiera evitar esta invasión de propiedad ajena, porque es muy clara y proviene de testigos numerosos, idóneos y conocedores de los hechos.

—Y yo le digo, señor, repuso el juez impaciente, que don Miguel ha presentado también testigos, que declaran ser el lindero entre ambas fincas, el Arroyo de los Laureles, que baja..... ¿de dónde? preguntó volviéndose á Jaramillo.

—De las Cuchillas, repuso éste señalando un punto hacia delante.

—Muy bien, dijo Ruiz con tono burlón, eso me coje también el Robledal, que está más abajo. Siguiendo así las cosas, resultará que hasta la casa de la hacienda queda fuera del lindero.

—¡Quién sabe si hasta eso no sea suyo! exclamó don Miguel soltando una broncea y antipática carcajada.

—Orden, señores, repitió el juez. No tienen ustedes para qué tomar parte en la discusión, estando aquí sus apoderados. Si vuelven á emprender un nuevo altercado, tendré que hacerme respetar.

—No tenga cuidado, dijo don Miguel, ya no diré nada, aunque me queme.

Don Pedro se contentó con lanzar una mirada furiosa á su compadre.

—Con permiso de Ud. señor Muñoz, pasemos adelante, agregó Camposorio; puede Ud. venir para continuar haciendo sus observaciones.

—No, dijo don Gregorio; el juzgado no puede pasar adelante. El Monte es propiedad de don Pedro Ruiz, como lo demuestra la escritura que presento. Léala Ud., señor juez. Y se la dió á Camposorio.

Leyola el funcionario de mala gana, y, aunque vió que era terminante, y demostraba plenamente la tesis sostenida por Muñoz, dijo, cuando hubo concluido, volviéndose á éste:

—¡Y bien! ¿qué tenemos con eso?

—Que no puede Ud. pasar adelante, porque el Código se lo prohíbe. Cuando en el acto de la diligencia alguno de los interesados presenta un instrumento público que demuestra ser quien lo exhibe dueño del terreno, se interrumpirá la diligencia, dice el artículo....

—A ver la ley.

—Aquí la tiene Ud., éste es el artículo....

Camposorio vacilaba, pues el punto era clarísimo, y terminante el texto que se le ponía ante los ojos. Viendo su perplejidad, acercósele Jaramillo y hablóle por lo bajo, mientras fingía buscar nuevos textos en el libro.

—¿Qué resuelve Ud? preguntó don Gregorio exasperado y con voz estentórea.

—El caso es difícil; necesito meditarlo. No se puede resolver de un momento á otro.

—Nada; está previsto por la ley. ¿La obedece Ud. ó nó?

—No creo que deba hacerlo....

—¿No cree Ud. que deba obedecerla?

—Para no lastimar los intereses de nadie, concluyó el juez después de un rato de meditación, haré lo siguiente: tomaré en consideración lo que Ud. me dice, y haré que se practique el deslinde en este punto.....

—Perfectamente.

—Pero una vez concluido, pasaremos á la otra línea, y practicaremos el que indica el señor licenciado Jaramillo.

—Y yo protestaré contra semejante me-

dda, exclamó Muñoz, porque será no sólo ilegal, sino atentatoria.

—Poco á poco, señor licenciado, objetó Camposorio irónicamente; no hay que descompasarse ni que perder los estribos.

Pero no hubo remedio; quedó resuelto que así había de hacerse, y fueron inútiles las discusiones de don Gregorio acerca del respeto debido á la propiedad, á la ley y á los instrumentos públicos. Todo estuvo muy bien dicho, y los circunstantes no pudieron menos de aplaudir la ciencia y la elocuencia del letrado; pero como no hay peor sordo que el que no quiere oír, y como Camposorio había ido á cumplir el capricho de don Miguel, manifestose inflexible, y con el imperio que le daba su posición, sostuvo el acuerdo.

Apeáronse los ginetes mientras se practicaba el primer deslinde y recibíéronse las declaraciones de los testigos de identidad, que dejaron perfectamente establecido cuáles eran el Arroyo de los Pinos, el Picacho del Cerro Colorado y la Barranca Honda. Los peritos, á pesar de que no había línea alguna que trazar, supuesto que estaba constituida y marcada por un lindero natural tan notorio